

María Ángeles Capilla y sus palomas

En nuestro pobre y pequeño mundo
el dolor es el buen Dios. (Bernanos)
Mis caminos no son vuestros caminos,
dice el Señor.... (Isaías)

La recuerdo sentada en la silla de ruedas junto a su ventana mirando a "sus palomas" del Seminario. Las conocía como si fuesen sus hijas, un día una de ellas se quedó atrapada en la cubierta de uno de los bloques del edificio, y angustiada llamó al Seminario para que la liberasen. "Ni siquiera una paloma se merece morir apresada" decía.

Pero no eran solo las palomas su preocupación, sobre todo eran los pobres, "sus pobres", como ella decía. Por ellos ofrecía su dolor, dolor producido por su enfermedad degenerativa, y que hizo que poco a poco todas sus articulaciones se fueran dañando impidiéndole todo movimiento. Sus manos retorcidas y deformadas sólo le servían para ofrecerlas como testimonio de la aceptación de la cruz. Todo su cuerpo era "un poema" como ella misma decía. La artrosis reumatoide se la fue "comiendo" poco a poco, pero su resistencia hacía que hasta los médicos admirasen a la "enferma alegre". Fueron casi treinta años de enfermedad, mejor, de testimonio de fe, de esperanza y amor cristiano. Sólo su santidad hacía posible aguantar tanto dolor y sobre todo dependencia de los demás.

Últimamente se sentía cansada, el infarto la había debilitado más todavía. Una tarde se atrevió a compartir su dolor: "Estoy cansada, estos últimos meses me he agravado mucho, creo que Dios ya me está llamando ¿Qué hago yo ya aquí? Sólo doy trabajo y penas" Ni que decir que intentamos animarla, "Mari, por favor, no digas eso, le dijo Adoración, amiga y compañera de "dolores": "¿Qué haríamos nosotros sin ti?" Ella se sonrió y dijo "Hay que seguir la lucha, no podemos "jubilarnos" ni siquiera en el Cielo, aunque yo si no fuese por los que me queréis, me abandonarían en manos de Jesús y me dejaría llevar ¡Cuánto me cuesta tirar ya de este maltrecho cuerpo".

Mari comprendió, asumió, que la muerte debe ser admitida por nosotros, siempre que ésta nos dé tiempo para ello, claro. Mari hizo más, se elevó hasta comprenderla, pero sin tragedia. Le gustaba la vida, es claro, y comprendió que la maravillosa hermosura de este mundo procede precisamente de que nada dura en él y de que incesantemente esto debe ceder el sitio para permitir que se produzca aquello que no ha sido todavía; lo mismo pero renovado, rejuvenecido; lo

mismo, y, sin embargo, imperceptiblemente más cercano a esa perfección a que tiende sin saberlo, y que forma lentamente el rostro mismo de Dios.

El optimismo caracterizaba a Mari y le hacía esperar un futuro cada vez más cercano a la perfección del rostro de Dios. Recriminaba a algunos su escepticismo en el progreso del universo, del mundo. A esa "divinización" que ella quería para todo y para todos, por eso defendía el compromiso militante que ella siempre ejercitó. Le dolía la respuesta de abandono que los "progres" decían que se daba por parte de Dios. Cuando alguno le preguntaba ¿Donde está vuestro Dios que abandona el mundo a su suerte? Ella siempre tenía la salida: "La libertad, la libertad, es la respuesta de Dios, ejercitémosla, el mundo quiere compromiso, amor..." Mari sabía que si nos cruzamos de brazos y la casa está mal construida, ésta se derrumbará, a no ser por un milagro excepcional. Es cierto que Dios hace a veces tales milagros, y es bueno rogarle, y Mari lo hacía, con esta intención; pero, ¡Dios no gobierna el mundo a fuerza de milagros, debemos luchar para que la casa esté sólidamente construida! Por eso ella ejercitó la militancia toda su vida, hasta última hora, asistía a las reuniones de equipo y le gustaba saber, aprender y proponer. Mari dio una lección de esperanza contra toda esperanza, hasta en ese duro tránsito de la vida a la muerte, supo encarnar la esperanza y convertir, con su ejemplo, la muerte en vida.

Justificados, pues, en virtud de la fe, estamos en paz con Dios por nuestro Señor Jesucristo, que nos ha dado, mediante la fe, acceso a esta gracia en que nos mantenemos, y nos gloriamos en la esperanza de la Gloria de Dios. ¿Qué digo? Nos gloriamos incluso en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce la constancia, y la constancia, una virtud probada, esperanza. Y la esperanza a nadie decepciona, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado.

(Epístola a los Romanos, V, 1-5.)

Antonio Gómez.

Pags1931@hotmail.com